

## **Domingo XXVIII. Año C**

### **Lectio divina sobre Lc 17,11-19**

---

La curación de los diez leprosos fue, con toda seguridad, un suceso fortuito en la vida de Jesús. Un día Jesús acertó a pasar, camino de Jerusalén, por una aldea, por cuyos alrededores merodeaba un grupo de enfermos. No era su intención encontrarse con ellos: no iba en su búsqueda. Pero tampoco quiso permanecer ajeno a su necesidad, cuando le rogaron que tuviera compasión. No los buscó, pero tampoco los evitó ni se excusó. Y razones hubiera tenido: un leproso era una persona que esquivar. Por eso, le molestó tanto que no volvieran a agradecerle la curación. Habían acudido a él impulsados por su estado de extrema necesidad, pero no volvieron a él cuando se vieron libres de su terrible enfermedad. La curación gratuita no les hizo hombres agradecidos ni creyentes sanados..., a excepción de uno, el samaritano, el extranjero, aquel de quien menos se lo hubiera esperado. Sólo quien, curado, alabó a Dios y agradeció a Jesús fue salvado. Una fe, hecha de gratitud y alabanza, hizo de su reencuentro con Jesús un encuentro con el Dios salvador.

Hoy el recuerdo de este episodio puede servirnos para revisar nuestra relación con Dios y preguntarnos en su presencia qué le solemos pedir las veces - contadas - que nos acercamos a Él y por qué no volvemos a agradecerle cuando hemos conseguido cuanto de Él deseábamos. Libres de nuestras dolencias, superada nuestra necesidad, nos sentimos liberados de Dios y superiores, tanto como para no regresar a Él a agradecerle; recurrimos a Dios, cuando le necesitamos y nos olvidamos de Él una vez que nos ha atendido. Y así, por desagradecidos somos desgraciados: por no perder tiempo en agradecimientos, podemos estar perdiendo la fe y la salvación. Como aquel grupo de leprosos ingratos.

---

**11**Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. **12**Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos **13**y a gritos le decían:

*«Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.»*

**14**Al verlos, les dijo:

*- «Id a presentaros a los sacerdotes.»*

**Y, mientras iban de camino, quedaron limpios.**

**15**Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos **16**y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Éste era un samaritano.

**17**Jesús tomó la palabra y dijo:

*- «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?»*

**19**Y le dijo:

*- «Levántate, vete; tu fe te ha salvado.»*

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

Lucas recuerda un hecho casual acaecido durante la subida de Jesús a Jerusalén y lo presenta como una catequesis sobre la salvación y el camino para llegar a ella. Aunque la iniciativa no parte de Jesús - su objetivo declarado es llegar a Jerusalén (Lc 17,11), - en el relato es él el protagonista. Su palabra domina la escena.

El episodio tiene dos escenas. La *primera* narra con extrema brevedad la curación (Lc 17,12-14)). A la entrada de un pueblo entre Samaria y Galilea, unos leprosos se acercan a Jesús. La enfermedad, terrible por el aspecto exterior y temible por el contagio que provoca, era vista como una maldición divina; imponía la total marginación - social y religiosa - de cuantos la padecían. De hecho, desde la lejanía y a gritos, logran atraer la atención de Jesús. (Lc 17,13) Los leprosos no piden su curación, sólo buscan compasión del rabino que pasa por el pueblo. Y Jesús les ordena hacer, aún no curados, lo que manda la ley a cuantos, ya limpios, deben dejarse readmitir en la vida de la comunidad: que sean los sacerdotes quienes reconozcan la sanación (Lv 14,1-4). Porque obedecen, pues, a Jesús y se ponen a caminar *como si* ya estuvieran sanos, lo estarán antes de presentarse a los sacerdotes: se curaron, mientras iban de camino, mientras obedecían sin pruebas. Jesús no les curó inmediatamente, porque necesitaba de su obediencia para dejarlos limpios. No fue, pues, la ley respetada sino la orden de Jesús cumplida lo que provocó la purificación.

La *segunda* escena se centra en uno solo de los leprosos, el único que regresó a Jesús 'cuando vio que estaba curado' (Lc 17,15-19). Anotando que era un samaritano, Lucas presenta intencionalmente al alejado, al despreciado, al extranjero como *auténtico*, y único, *modelo de fe*. Los demás no volvieron porque, quizá, habiendo ya cumplido con la ley, se habían reincorporado a la vida normal, recuperando familia y trabajo. El caso es que todos fueron 'sanados', pero uno solo fue 'salvado'. Había regresado para alabar a Dios y agradecer a su sanador. Este segundo encuentro, en solitario y con dos buenas razones, le otorga lo que no había pedido, pensado siquiera, su 'salvación'. Y Jesús dictamina que ha sido su fe, es decir, su viaje de vuelta para dar gloria a Dios y a él las gracias, ha sido la causa.

Diez leprosos pidieron un día a Jesús compasión y obtuvieron la curación, cuando le obedecieron. Sólo uno de ellos alcanzó la salvación, el que tuvo la fe suficiente como para volver a dar gracias a Jesús y alabar a Dios. El samaritano fue el único que, encontrándose sano, reencontró a Dios.

---

## II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

El relato ejemplariza un preciso camino de fe que sólo un hombre supo recorrer hasta el final, el samaritano, un extraño. Dirigiéndose a Jerusalén, Jesús atraviesa un pueblo. No va él esta vez en busca de oyentes para su evangelio ni de enfermos que curar. Pero no se desentenderá de quien grite su necesidad. Por ocupado que esté, se deja conmover por quien sufre necesidad. Quien, como él, camina hacia su pasión, siente compasión con el que ya está sufriendo. No se entiende muy bien que quien camina lleno de pasión por Dios, en pos de cumplir su voluntad por más que le cueste la vida, pueda ver sufrimiento y soledad y pasar, inmisericorde, de largo. Así no era Jesús.

Puede ser que no logremos entender bien el drama de ese grupo de leprosos y su necesidad de curación, ya que siendo para nosotros hoy la lepra una enfermedad vencida por la ciencia, no comprendemos fácilmente la desgracia de quien la padecía. En tiempos de Jesús se consideraba leproso a quien padecía cualquier tipo de enfermedad de piel, que por lo general eran entonces incurables y degenerativas. La deformación externa infundía terror y quienes no la podían ocultar eran expulsados de la sociedad, abandonados, incluso, por su propia familia. Vivían en grupos para defenderse mejor del hambre y de su enfermedad. Puesto que se temía el contagio, raramente encontraban ayuda, o siquiera compasión, entre la gente. Ello hace más sincero el grito con que acudieron a Jesús: *Maestro, ten compasión de nosotros*

Mucho tuvieron que sufrir este grupo de leprosos antes de atreverse a pedir a gritos la compasión de Jesús. Pocos tenían a su alrededor en quien confiar su miseria y de quienes esperar simpatía y comprensión. Les fue fácil llamar la atención de quien acertaba a pasar a su lado y respetando la ley, le hablaron a distancia, a gritos. Y es significativo que ni se atrevieron a pedir su curación; de Jesús tan sólo deseaban obtener un poco de compasión. Y, sorprendentemente, Jesús no les dirige una sola palabra de ánimo. Les responde, como prueba de su compasión, con un mandato: *id a presentaros a los sacerdotes*, les dice sin acercárseles siquiera. Y mientras obedecían, en el camino, quedaron sanos y salvos. Los leprosos sabían que sólo los sacerdotes podían declararles curados; pero emprendieron el viaje, como si ya se sintieran curados pero sin estarlo todavía, fiados en la palabra de Jesús. La compasión de Jesús se expresó mediante una orden terminante, que logró la curación no pedida, cuando se estaba cumpliendo lo mandado. Jesús los curó no sólo porque tuvo compasión de su miseria sino también porque ellos obedecieron su palabra. No les bastó saberse enfermos y necesitados de la compasión de Jesús, tuvieron que cumplir sus condiciones. Estaban tan desesperados que pidieron ayuda al que pasaba de largo en su camino; pero fueron curados, porque le obedecieron sin titubeos. En el camino se encontraron con la curación.

Hace falta muy confianza, o una enorme ingenuidad, para cumplir con la ley – presentarse a los sacerdotes – cuando esta aún no obliga, sólo porque Jesús los ha obligado a hacerlo. No fue, pues, el cumplimiento de la ley sino la obediencia a Jesús lo que los sanó mientras iban de camino. Si una grave dolencia y la exclusión social en la que vivían los llevó a Jesús, sólo la confianza en él hecha ciega obediencia los devolvió la salud y a sus familias. Quién de nosotros se sienta ya bien, quién no se sufra de soledad, quien no tenga necesidad de compasión, ¿encontrará hoy razones para llamar la atención de Jesús y lograr que se fije en él? Si nuestros males – físicos y morales – más repugnantes nos pueden llevar a nuestro Salvador, ¿por qué maldecirlos? . De aquel pueblo por el que pasaba Jesús sólo sacaron provecho los que se sentían mal y eran maldecidos por su enfermedad.

Y nosotros, ¿por qué ya no logramos suscitar piedad y compasión en Jesús? ¿no será que ya no la imploramos?. ¿Qué debilidad, externa o íntima, nos falta aún por experimentar para confiarnos en el poder de nuestro Maestro? O, ¿es que no nos sentimos todavía lo suficientemente solos con nuestros problemas y con nuestra impotencia como para intentar que Jesús nos tenga compasión siempre que pase a nuestro lado? En realidad nos falta fe, esa fe que nace de la conciencia de que no podemos darnos cuanto necesitamos y de que necesitamos a Dios para que nos salve de nuestras debilidades. Pero, sobre todo, nos hace falta obediencia, tanta como para ponerse en camino hacia donde Dios nos mande sin sabernos todavía curados del todo; no deberíamos olvidarlo, los leprosos no fueron curados sólo por pedir compasión; tuvieron que ponerse en camino buscando al sacerdote. Y es que en vez de sanarnos Él en persona, a veces Dios no nos deja que nos acerquemos a Él o nos obliga a que nos alejemos, para que yendo hacia los demás nos encontremos inopinadamente curados.

¡Cuántas veces hemos pensado que Dios no se interesa ya por nosotros, sólo porque, como los diez leprosos, en vez de un gesto de compasión recibimos una seca orden! Tendríamos que aprender de los diez leprosos que únicamente la obediencia a Dios, mande lo que nos mande, nos libera de nuestras enfermedades. Jamás podremos conocer por adelantado cómo Dios quiere mostrarnos compasión, pero la obtendremos siempre que Él nos encuentre haciendo lo que nos dejó mandado. Los leprosos no fueron curados por una medicina, ni siquiera por un actuación personal de Jesús: desde lejos, les dirigió una palabra y alejándose de él se encontraron del todo sanados. A ellos les curó esa misma Palabra que Jesús hoy nos dirige a nosotros; si seguimos sintiéndonos mal, será ya por nuestra culpa. Bastaría con obedecerle para recuperar nuestra salud; yendo hacia donde nos envía, hacia los demás, nos recuperaríamos de nuestros males.

Los diez obedecieron al maestro; los diez se reconocieron curados mientras iban de camino hacia el sacerdote. La necesidad compartida les hizo encontrarse con Jesús y, siguiendo sus instrucciones, recibieron idéntico don, la completa curación. Pero sólo uno regresa a agradecer la curación; sólo él es curado en su interior. Que sólo uno, el extranjero, volviera a dar las gracias le hizo digno de una curación mayor, aunque menos visible. Jesús devolvió a la convivencia a unos

hombres, que no supieron mostrarle su agradecimiento. Por no ser capaces de hacer lo obvio, perdieron lo más importante. El reconocimiento público de los dones recibidos de Dios es la forma de creer que salva el corazón, no sólo la piel, del hombre. Sigue ocurriendo que los extraños sean más agradecidos, porque menos podrían esperar de Dios los dones que reciben; y siguen siendo los que muestran gratitud siendo curados de mayores males.

Que enfermos graves busquen de todos los modos a su alcance la curación y que pocos, si alguno, sean los que agradecidos que reconocen el bien que se les ha hecho, son hechos, lamentables sí, pero demasiado frecuentes. Lo sorprendente es el juicio de valor que, según Jesús, merece esta doble forma de reaccionar ante el bien que Dios les hizo. La mayoría ha quedado curada; uno sólo, salvado, por la fe demostrada. En realidad, el samaritano no ha hecho más que reconocerse curado, saberse agradecido con Dios y con Jesús y probándolo con un viaje de retorno movido por la gratitud. Pero Jesús 'lee' este camino hacia él que nace de la necesidad, no de pedir misericordia y salud, sino de dar alabanzas y gracias a sus benefactores como un acto de fe que salva.

No es infrecuente – Jesús se lo pregunta con cierta sorpresa – que los que saben merecer menos los dones de Dios, se muestren con El más agradecidos; ni que quienes más se creen con derechos a ser auxiliados, den por descontado que se les 'debe' el favor hecho. En el fondo, no logramos ser más creyentes porque nos falta no tanto confianza en el poder sanador de Dios sino capacidad para reconocerse agraciados por sus dones. Quien no se dirige a Dios más que para pedir, pronto perderá el gusto de volver a El, ni siquiera tener que agradecer será un buen motivo. Dios se nos está volviendo menos adorable, porque no nos volvemos a El llenos de agradecimiento. Quien sabe reconocer los dones recibidos – sea una gran curación o una pequeña salvación – sabe, sin mucho esfuerzo, ser creyente. La 'conversión' quizá hoy quizá más urge no es la de curarse del mal, sino la de volverse agradecidos por cualquier bien que Dios quiera darnos. Dios se muestra espléndido con quien le demuestra su agradecimiento: si no queremos que la acción de Dios sobre nosotros quede a flor de piel en nuestra vida, si nos deseamos que la cale profundamente, volvamos a agradecerle cuanto ya ha hecho por nosotros. Nuestra fe, ejercitada en la acción de gracias, nos habrá salvado. Puesto que tenemos tanta necesidad de Dios, seamos con Él más agradecidos